

SAN AGUSTIN, MAESTRO

P. Félix García, O. S. A.

El reconocimiento del magisterio de San Agustín en las más diversas disciplinas de la ciencia y del espíritu es unánime y universal. Lo es hoy y lo ha sido siempre. A él se vuel en esperanzados cuantos andan comprometidos en la tarea del perfeccionamiento y del anhelo de Dios para fundamentar sus inquietudes, asegurar su rumbo hacia lo permanente y evitar los riesgos e inseguridades que amenazan a quienes, faltos de humildad, intentan escalar alturas e internarse por los caminos ascendentes del corazón, en los que Dios, a la espera, se convierte en el supremo y definitivo afán de la vida.

San Agustín —sería tópico repetirlo— no es sólo el genio que ilumina los ámbitos del pensamiento cristiano, que tiene constantes y fulgurantes hallazgos especulativos, y con sus testimonios y sentencias sobre los problemas más diversos y abstrusos del saber humano y divino sostiene la validez de ideas y de sistemas que se han incorporado al orden de la cultura; es también, y acaso de un modo más radical, el hombre que busca al hombre, al hermano, y le interpreta y le dispone para la vida de la gracia y le despierta el sentido de la salvación. La preocupación preferente en San Agustín es acercar al hombre a Dios, es provocar el diálogo entre Dios y el hombre para dar a entender de un modo expresivo las razones de Dios y las necesidades incontenibles del hombre. En San Agustín se conjugan admirablemente la especulación y la acción. No es el Maestro metódico y razonador que nos capacita e ilustra para la posesión del saber y la captación de la verdad filosófica; es, ante todo, el guía seguro en los caminos del espíritu, el explorador ex-

P. FELIX GARCIA

perto de nuestra intimidad, el profundo conocedor de la ciencia del alma, de sus secretos y de sus aspiraciones eternas.

Se equivocan quienes prejuzgan que San Agustín es el tipo del intelectual puro, que prestó interés preferente a la busca y análisis de los problemas del pensamiento y de la cultura, con detrimento de la actividad apostólica y de sus constantes sondeos en el corazón del hombre, que es cabalmente el que San Agustín trata, con todos sus recursos dialécticos y su apasionada entrega a la verdad, de asegurar para Dios.

Toda la obra, ingente y multiforme, de San Agustín es una persistente y eficaz lección de vida, de elevación moral, de aproximación a Dios. ¿Para qué todo el acopio penoso e inútil, del saber humano y de la experiencia personal, si no desemboca en la aspiración irrenunciable de situar la vida en el plano de lo sobrenatural, que es lo único que puede conferirle sentido y anunciarle esa inmarcesible «luz de seguridad» que hace al hombre capaz de la vida bienaventurada? Con ser el Santo un extraordinario especulativo, un metafísico genial que inunda de luz los problemas que enfoca en toda su amplitud, y un teólogo que ahondó resueltamente en cuestiones de Dios y del alma, de la libertad y la gracia, del mal y del orden, del pecado y del gozo de la recuperación, es en igual grado, por lo menos, el maestro incomparable de la vida espiritual, el gran psicólogo que descubre en el hombre su capacidad innata para elevarse a Dios y para hacerle comprender que es sujeto de los designios de la Providencia, porque cada hombre, en último resultado, lleva en sí un proyecto de salvación, que él ha de realizar en colaboración con Dios. San Agustín no cesa de descubrir en el hombre posibilidades continuadas de Dios en nosotros. Lo que importa, en definitiva, es acertar a convertir en merecimiento, siguiendo las insinuaciones de Dios, todos los movimientos y actividades del corazón y de la inteligencia. El sabe como nadie dar al ingenio y a la ciencia todo su valor; pero ellos solos, de por sí, son insuficientes para acercarnos a Dios sin la intervención de la caridad, que es la que hace girar al hombre dentro de la órbita de Dios.

El Santo busca ante todo al hombre integral, es decir, al hombre

en el despliegue armónico de todas sus capacidades orientadas hacia lo sobrenatural y ejercitadas en el amor. Un escritor profano, evadido de la fe, nos dirá que «el hombre perfecto, integral, será a la vez poeta, filósofo, sabio y virtuoso, y esto no a intervalos o en determinadas circunstancias —pues entonces no pasaría de ser un hombre vulgar— sino por la íntima compenetración en todos los momentos de su vida de todos los factores de su propia humanidad». A través de la obra inagotable de San Agustín podemos apreciar, cada vez más sorprendidos, que toda ella es un intento prodigioso de hacerle comprender al hombre la vastedad y grandeza de la obra de Dios en el mundo y, a la vez, hacerle al hombre más digno de Dios, porque es el testimonio más expresivo de la Creación.

La vida del Santo es, en sí misma ya, una lección perenne, un ejemplo incomparable, del hombre integral actuando en la función de Dios. Agustín —nos dice Papini— es el hombre integral, el hombre universal, el hombre sin vacíos, uno de esos hombres que, según expresión de San Gregorio Magno, «quia qui divina sapiunt videlicet *supra homines* sunt». Y no sólo por ser poeta, orador, filósofo, psicólogo, teólogo y místico, sino porque reúne en sí, en armoniosa síntesis, todos aquellos contrastes que en la mayoría, aislados, fraccionados, provocan crisis, errores, conflictos, y en él, en cambio, crean una verdad superior.

La enorme virtualidad de la vida y del pensamiento agustiniano radica en que lo mismo habla y convence al hombre que racionaliza y se apoya sólo en la razón para buscar esclarecimientos a los problemas trascendentales y eternos, que al hombre de fe, que refuerza la debilidad de la razón con las seguridades que le presta la fe, para llegar por caminos más breves e iluminados a la conquista de la verdad y a la quietud deseada del corazón. Maravillan ciertamente la sinceridad y resolución con que el Santo aborda los problemas más complicados, y la claridad y gallardía con que logra soluciones inesperadas, clarividentes, de perenne vigencia. A ello contribuyen, sin duda, la admirable eficacia de su estilo, la expresividad y viveza de sus fórmulas, los hallazgos verbales incomparables de su genio literario, que confieren a su obra inmarcesible juventud.

P. FELIX GARCIA

San Agustín sigue reiterándonos su lección incesante de lo eterno. Sólo en función de lo eterno puede tener sentido y valor lo transitorio y efímero. La caridad y el amor, que son dos brotes de la gracia, nos darán la clave para comprender que nuestra peregrinación a través del tiempo, conseguido en el ejercicio del bien, tiene como término, la arribada a playas de seguridad donde Dios es la plenitud y recompensa. Pero para el logro de nuestras aspiraciones es necesario cultivar la sed. «No se trata —nos dice el Santo en *De moribus Ecclesiae*— de comprender los misterios de la esencia de Dios —esto es imposible— sino de querer, de desear vehementemente comprenderlos. Es lo que realiza la pura y simple caridad de Dios, que transforma sobre todo las costumbres, y que, inspirada por el Espíritu Santo, lleva al Hijo, es decir, a la Sabiduría de Dios, por medio de la cual se llega a conocer al Padre mismo. Porque si la sabiduría y la verdad no son deseadas con toda la fuerza del alma, jamás se las llegará a encontrar. Pero si son buscadas como conviene, no podrán negarse ni ocultarse a los que las aman. El amor pide, el amor busca, el amor llama; por el amor, en fin, nos atenemos a lo revelado».

Lo que importa, pues, en la teoría agustiniana, es movilizar la fe por la caridad, convertir la razón en instrumento del amor, y restituir al orden las humanas tendencias, despojándolas del orgullo, que las despolariza, para buscarla radicalmente en la humildad regeneradora, que es una forma de la caridad, principio de toda elevación, que capacita al entendimiento y abre caminos ascendentes al corazón,

El magisterio de San Agustín, unánimemente reconocido, se extiende a cualquier aspecto del saber humano y divino; lo mismo los escritores antiguos que modernos, sagrados que profanos, buscan preferentemente en el Santo testimonios y comprobaciones para sostener sus juicios *y* teorías. Posiblemente no hay ningún pensador cristiano ni más solicitado ni más comentado en lo que se refiere a las cuestiones más hondas y preocupantes de la Teología, de la filosofía, de la historia, de la eclesiología, de la vida cristiana, de la ascética y de la mística. Su autoridad, aún discutida en algún aspecto particular, es inmensa. Y siempre actual. Cuanto más se le estudia, más ri-

queza de pensamiento, más panoramas abiertos se descubren en su obra, en su estilo y en su vida.

Se le ha llamado Maestro de la vida espiritual. Y es cabalmente en este aspecto, de la vida ascética y mística, de los grados de la vida espiritual, del ejercicio de la oración y de la caridad, de la práctica de todas las virtudes y de cuantos temas se tocan en los tratados sistemáticos y exhaustivos de la perfección y dirección espirituales, donde San Agustín se nos ofrece inagotable y de perenne actualidad. Lo mismo en sus Sermones que en los tratados particulares sobre determinadas virtudes y estados de perfección, que en sus Cartas y en las amplias y luminosas exposiciones de los Salmos y del Evangelio de San Juan, es dable recoger a manos llenas abundancia de doctrina y material sobrado para ordenar y sistematizar una serie de tratados fundamentales que abarcaran con amplitud cuantas cuestiones se tocan en los libros de Ascética y Mística. Ya lo intentó con fortuna el P. Antonio M. Tonna-Barthet, O.S.A., gran conocedor y amante de San Agustín; pero aquello que fué un intento noble y no superado todavía, está reclamando una continuidad entendida con más amplitud y llevada también a otros aspectos de la obra y de la vida de San Agustín.